

Jornada Formativa.
Fuerza y carisma de una mujer

Antonia Ma. de la Misericordia

Ponencia de
Ma. de Lourdes Ibarra Herrerías
México 2022

1. UNA MUJER, SU SIGLO Y SU COMPROMISO CON EL CAMBIO.

Antonia Ma. de la Misericordia

(1822 – 1898)

Hoy celebramos no sólo la vida de Antonia, la señorita de Oviedo o Sor Antonia María de la Misericordia, sino de su obra, la cual perdura hasta nuestros días. Obra cuyo objetivo es la recuperación hacia una vida digna de miles de mujeres.

En este acercamiento a la vida de una mujer extraordinaria, como lo fue Antonia, quisiera enfocarme en el contexto, en tiempo y espacio, en que transcurrió su vida y así tratar de comprender mejor los grandes retos que encontró y que supo afrontar a lo largo de su existencia.

Años difíciles, por no decir imposibles, para el desarrollo integral de la mujer, pero a su vez de luz en el camino a seguir para ir logrando, poco a poco y aún hoy falta mucho, superar los obstáculos provocados por un rancio y fuerte sistema patriarcal, para alcanzar una vida plena, en todos sentidos, de más de la mitad de la población de la humanidad... las mujeres.

Antonia nació en el seno de una familia en la que el trabajo y el estudio iban de la mano. Familia profundamente religiosa y en la que su madre, Susana Schônthal Favre, fue referente fundamental a lo largo de toda su vida. Desde muy pequeña, Antonia comenzó sus estudios mostrando muy pronto sus grandes aptitudes y gusto por el saber y atendiendo a sus propias palabras nos dice:

“me entrego con fervor al estudio, mi ocupación favorita...” 1

Pero debemos preguntarnos sí en el marco del siglo XIX, ¿esa vocación al estudio en una mujer era, comúnmente aceptada y bien vista por la sociedad? ¿No se rompían esquemas y límites de los que se consideraba el “ámbito natural” de las actividades que correspondían a las mujeres, “las propias de su

sexo”? ¿O es que ya desde los últimos años del siglo XVIII y desde luego en el XIX fue cuando, imperceptiblemente, empezó a resquebrajarse esa idea?

Para comprender realmente la vida de Antonia tenemos que acercarnos a las características, valores, conflictos y a la estructura social dominante de ese siglo XIX. Siglo de grandes cambios, si, pero de fuertes inercias, para reconocer a esta mujer en su justa valía. Cambios políticos, económicos y sociales en el que las potencias redefinen su posición y aparecen nuevos actores sociales; la burguesía capitalista y la clase obrera y en el cual las mujeres avanzan poco a poco, pero dando pasos firmes hacia el reconocimiento de sus derechos políticos, a la educación y a la igualdad, en suma, a la libertad para tomar sus decisiones.

Antonia nació en Lausana, Suiza, en los inicios de la segunda década del siglo (1822), y a lo largo de su vida sucedieron importantes acontecimientos que la afectaron profundamente, y no sólo eso, sino que incidieron en las decisiones que fue tomando y que la llevaron a constituirse en un agente de cambio. Antonia asumió el enorme reto que se le presentó y con gran convicción emprendió una tarea que impactó, y lo sigue haciendo en la vida de muchas mujeres, en su transformación hacia una vida mejor y que pudieran, a partir de la educación y conocimiento de sus capacidades, reconstruirse.

La huella de Antonia Ma. de Oviedo, su vida de entrega y de profunda fe, es indeleble.

Fue como el pequeño grano de mostaza que se convierte en frondoso árbol bajo el cual se cobijan, retoman fuerza y transforman su vida muchas mujeres.

El siglo XIX

Hablemos ahora de ese siglo XIX, siglo que fue resultado de dos revoluciones; la revolución francesa y la revolución industrial, ambas, herencia del siglo anterior y que serían la causa de la gran transformación que se daría en el nuevo siglo y que modificaría no sólo la concepción del mundo y la sociedad a través del lente de las “ideologías” sino a partir de las nuevas relaciones de trabajo y producción generando las condiciones necesarias para la transformación política, económica, social y cultural.

Evidentemente estos cambios afectarían la posición de la mujer dentro de la estructura social y acelerarían la lenta transformación que se daría principalmente a partir de la segunda mitad del siglo y desde luego en los siglos posteriores, el XX y lo que va del XXI.

El movimiento revolucionario que se sustentó en las ideas de los ilustrados, y que, en ese sentido, cristalizó en la Declaración de los Derechos del Hombre y del ciudadano dejó, sin embargo, fuera a las mujeres privándolas de sus derechos políticos y del derecho a la igualdad. Rousseau, uno de los más importantes pensadores de su siglo tenía una opinión sostenida, por un sistema patriarcal, que defendía la desigualdad natural entre el hombre y la mujer, a la que negaba la posibilidad de la actividad política. El sexo femenino debía estar subordinado al masculino y sólo debían aprender y dedicarse a las ocupaciones propias de su condición de mujer; coser, cocinar, ocuparse “devotamente” de la casa, los hijos y el marido. Eran las depositarias de las virtudes y los valores y constituían a su vez el fundamento de la familia y la posibilidad de permitir la libertad y el espacio para la vida política de los hombres.

Para otro ilustre pensador ilustrado, D'Alambert sin embargo, la mujer no estaba sujeta al hombre por su propia debilidad, sino a causa de la reacción ante el temor de éste, ya que “parecía que intuimos sus ventajas y queremos impedirles que las aprovechen”²

Como vemos en estas dos posturas, ya se vislumbraba, por lo menos en algunos, y no de forma muy clara, que algo empezaba a germinar en el ánimo de una sociedad, que no obstante estaba lejos todavía de dar un giro definitivo.

Así, en el ambiente revolucionario, que se extendía, el entusiasmo general despertó las esperanzas de algunas mujeres que, animadas por el discurso político de la revolución, pensaron podían lograr esa igualdad de derechos, naturales y políticos. Muy pronto las embargó la decepción ya que, durante los debates de la recién establecida Asamblea General, les negaron el acceso, no solamente a la soberanía política sino quedaron excluidas de los supuestos derechos universales.

Pero, aun y a pesar de estos obstáculos, dos mujeres representaron significativamente los deseos que comenzaban a flotar en el ambiente en esos años, la búsqueda de un nuevo lugar en la sociedad; la inglesa Mary Wollstonecraft, quien ya en 1793 reivindicaba los derechos de la mujer y negaba la tan arraigada idea de la inferioridad natural de la mujer en capacidades y que las diferencias, sostenidas comúnmente como “naturales” eran más bien resultado de la educación y hábitos de socialización y no a diferencias biológicas.

Y desde luego la francesa, Olympe de Gouges, su nombre real era Marie Gouze quien, en 1791, al ver excluidas a las mujeres de la reivindicación de los derechos universales, promulgó la Declaración de los Derechos de la mujer y la ciudadana, “la mujer nace libre y permanece igual al hombre en derechos” Esta valiente mujer fue condenada a muerte en la guillotina en 1793, como resultado de su osadía.

No obstante, los cambios que generó la revolución francesa y que impactarían, no sólo a Europa, sino a las colonias españolas y portuguesas “allende del mar”, en cuanto a las mujeres, en especial durante la primera mitad del siglo, significó una regresión a un mayor conservadurismo en relación a los derechos de la mujer, lo que repercutió en su posición dentro de

la estructura social y jurídica. Se insistió, sí es posible, con mayor énfasis en la natural necesidad de la subordinación de la mujer al varón y en la diferencia de esferas de acción entre unos y otras, reforzando la idea de que el ámbito doméstico y la familia eran el lugar ideal de la mujer.

A pesar de lo dicho antes, “las voces femeninas no callaron del todo”, dando lugar a una lucha, a una búsqueda que se fortalecería a lo largo del siglo y que no solo se mantendría, sino que iría abriendo espacios a aquellas mujeres que exigían sus derechos.

“Obviamente la exclusión pudo mantenerse, pero no sin el conocimiento de la existencia de las voces discordantes del primer feminismo, Wollstonecraft, Gouges, Condorcet.” 3

La otra gran revolución que señalamos anteriormente, que inició en la segunda mitad del siglo XVIII, y que influyó de forma notable en la transformación de la vida en lo económico, político, social y en lo cultural fue la Revolución Industrial. Con la mecanización de la producción gracias a la utilización de nuevas formas de energía, y no sólo de la fuerza del hombre, del animal o del viento como el vapor, a partir del uso del carbón inició una brillante etapa de desarrollo gracias a inventos que transformaron la economía mundial. Esto favorecería el aumento de la participación laboral para la mujer, que sumado a trabajos tradicionales ampliaron la presencia femenina en campos más diversos. Para la segunda mitad del siglo XIX, algunas actividades incluso serían ocupadas, significativamente, por el sexo femenino tales como el magisterio, la enfermería, como mecanógrafas con la aparición de la máquina de escribir, como obreras en el ramo textil, como telefonistas al inventarse el teléfono y hacia los últimos años de ese siglo las vemos ya incursionando, muy poco a poco, en el campo de la profesiones como el derecho, la literatura, el periodismo o la medicina y especialmente en la profesionalización de “las parteras”, la obstetricia.

Estos cambios se fueron dando en el marco de un tiempo marcado por movimientos de carácter político a los que se fueron sumando otros de carácter social, que alteraban el orden, provocando un estado constante de inestabilidad y confrontación.

Aquellos que buscaban nuevas formas de gobierno de mayor representatividad. Ideologías que se confrontaban; monárquicos, republicanos, conservadores o liberales y a los que a la vuelta de la mitad del siglo se sumarían los socialistas, finalmente representando a una sociedad que se transformaba día a día y que abría las puertas a nuevos actores políticos, económicos y sociales.

Todo ello a la par del crecimiento de una pujante burguesía, que consolidaba como clase, dueños del capital y sostenedores de una economía que, no atendía las necesidades de su contraparte en la estructura social, la clase obrera, desprovista de protección, ajena al bienestar, una clase “sin derechos” y que ya también había empezado a mostrar su descontento, por ejemplo, en Inglaterra mediante el movimiento conocido como Cartismo.

Esta efervescencia política y social se extendió por toda Europa manifestándose en oleadas revolucionarias, movimientos armados que marcaron claramente la situación en varios momentos; las de los años 20's, alrededor de los 30's y desde luego la de 1848, esta última ya con un marcado acento no sólo político y nacionalista sino social.

Muchos fueron los sueños de aquellos que le dieron carácter al siglo; sueños de emancipación, de unidad o independencia. De nuevos sistemas políticos. Luchaban por la defensa de ideas que los situaban en posturas antagónicas, pero todos ellos deseosos de lograr el progreso a la luz de su percepción de éste. Y en este ambiente de búsqueda no podían quedar fuera las aspiraciones de las mujeres, de aquellas pioneras que lucharon por un nuevo, más justo, y más equitativo lugar en la sociedad. Años que podemos ver como el punto de partida del movimiento sufragista “presente en todas las sociedades industriales, que tomó dos objetivos concretos, el derecho al voto y los derechos educativos” 4

Los cambios que se fueron dando impactaron a nivel internacional mediante una nueva división del trabajo ya que a la par de todo lo anterior, las potencias tradicionales, a las que se sumaron en los últimos años del siglo, tres potencias emergentes; el recién consolidado Imperio Alemán y dos potencias extra europeas, los Estados Unidos de Norteamérica y el imperio del Sol Naciente, Japón, y que luchaban por asegurarse una posición entre ellas. Esta

rivalidad era resultado de una nueva forma de apropiación del mundo periférico, una política internacional conocida como “nuevo imperialismo”. Política no exenta de competencia y fuente de futuros conflictos que culminarían en el estallido, en 1914, de la “Gran Guerra”, que inauguraba un nuevo tipo de confrontaciones: la Guerra Total.

Ese fue el siglo en el que Antonia vivió, se educó, trabajó y finalmente encontró un camino duro, difícil, pero gratificante a los ojos de un Dios presente, aún en medio de la miseria humana. Antonia no se mantuvo ajena a los grandes sucesos de su tiempo, no escapó de los vaivenes e incertidumbre de un mundo en franca transformación. Su vida se vio afectada por ellos en diferentes momentos y que la llevaron por derroteros imprevistos, como sucedió durante los convulsos años de 1854, que provocaron la precipitada salida de España rumbo al exilio francés, de la familia de la reina madre, Cristina y con ellos de ella misma como institutriz de las infantas. La angustia sufrida, años después en Roma ante la difícil situación del sumo pontífice, Pio IX, y que afectó profundamente a la señorita de Oviedo y de la que, queda constancia en una de sus cartas y que además nos deja, en esas palabras, su sentir respecto a su condición de mujer ante ciertas circunstancias:

“Querría yo ser obispo para protestar por el atentado con una pastoral; o sacerdote, para leerla desde el púlpito; o escritor eminente, para escribir artículos; o soldado para dar la vida por la causa del pontificado. Pero no soy más que una pobre mujer, que para nada cuenta en el mundo y no puede más que llorar y rezar” 5

Antonia llega a España

Antonia había recibido una buena educación desde sus primeros años en un colegio de Friburgo, Suiza. El reconocimiento a sus aptitudes, buena disposición al estudio y a su carácter le permitieron ser considerada por sus maestras como “muy apta” para que, siendo aún muy joven, obtuviera el trabajo de institutriz. Contaba la joven con una profunda religiosidad, acentuada vocación de servicio, de respeto al trabajo y a la disciplina, valores todos inculcados por su madre gracias a su ejemplo y constantes consejos, su madre fue, como ya señalé con anterioridad, una figura y referente fundamental a lo largo de su vida:

“La necesidad de trabajar es una gracia; sin ella caemos en el vicio de la ociosidad. Acuérdate que aquel que se apoya sobre su trabajo, es el que mejor se sostiene. Me felicito de necesitar vivir de mi trabajo y celebro saberte tan laboriosa, que hasta las horas de recreación aprovechas para adquirir conocimientos útiles” 6

Contaba entonces, Antonia, con 16 años cuando fue contratada para educar a la hija, Rosalía Caro Álvarez de Toledo, de los Marqueses de La Romana. La vida de Antonia daba un giro importante y se iniciaba un periodo en el cual, viajar fue actividad cotidiana, para Antonia, ávida siempre de aumentar sus conocimientos, sería no sólo provechoso sino placentero. Son un legado valioso sus escritos que nos dejó relatando sus experiencias.

Con la familia de los marqueses se trasladó a la península italiana donde permanecería dos años al cabo de los cuales regresó a Suiza con su madre donde para sostenerse y, gracias a su preparación, abrió un pensionado para jóvenes en la ciudad de Friburgo. Corrían los años previos al estallido de los conflictos del año 48, años aciagos marcados por conflictos que dificultan la

viabilidad del pensionado y ante la imposibilidad de sostenerlo, tuvo que tomar la oportunidad que se le ofreció para volver a trabajar como institutriz, pero ahora esa oportunidad se la daba, nada más y nada menos, que la casa real española. Recomendada por el embajador de España en Berna, por su preparación, carácter y profundos valores, la reina regente, doña Cristina segunda esposa de Fernando VII, madre de la futura reina Isabel II y casada en segundas nupcias con don Agustín Fernando Muñoz y Sánchez, futuro duque de Riansares, eligió a Antonia para el puesto. Antonia resultaba idónea para el trabajo y tendría bajo su cuidado la educación de las tres hijas del matrimonio; María Amparo, María de los Milagros y María Cristina. La decisión de aceptar dicha encomienda no fue fácil, debía dejar de nuevo a su madre e incluso había rechazado una propuesta de matrimonio, muy ventajoso, que quizá hubiera solucionado su situación económica. Pero como lo hizo a lo largo de su vida, nunca se arredró ante los obstáculos.

“Dios solo sabe cuán duro fue el sacrificio - de aceptar el cargo de institutriz- pero con todo menos doloroso de lo que hubiera sido la honorífica alianza que se me proponía” 7

El 21 de enero de 1848 partió, por vez primera a España, la tierra de su padre, pero nada hizo prever a Antonia, que enfrentaría uno de los pasajes más dolorosos de su vida ya que ese día, sería la última vez que vería a su madre con vida. Su madre murió el 3 de febrero de ese mismo año.

Fue desde ese momento, sin imaginarlo aún, y a pesar de los años del exilio al lado de la familia real y de los múltiples viajes que la llevarían fuera de la península, que la vida de Antonia quedaría entremezclada profundamente con la patria de su padre, Antonio Ma. De Oviedo, nacido en Sevilla pero de familia asturiana.

La España del siglo XIX

El siglo XIX en España transcurrió en medio de un profundo proceso de transformación y envuelto en una larga crisis. Este siglo marcó el ocaso y la pérdida de su vasto imperio colonial y del papel de protagonista de primer orden entre las potencias, el otrora poderoso imperio languidecía en medio de disputas sucesorias, de luchas políticas, guerras intestinas, de problemas económicos y de rezago respecto a potencias como Gran Bretaña, Francia y Prusia. España estaba estancada entre un pasado glorioso y un futuro incierto.

“Pues a los políticos de ese periodo, no se les podía pedir humanamente más de lo que hicieron, para conseguir la ruina de su patria” 8

Duras palabras para los que dirigieron al país en aquellos años y de los que España sobrevivió, según el preclaro Benito Pérez Galdós, “gracias a la vitalidad de esa vejancona robusta que llamamos España” 9

A fines del siglo XVIII y principios del XIX, las ideas de la ilustración y la revolución francesa habían sembrado en muchos españoles la semilla de la necesidad de buscar nuevos aires de libertad e igualdad y que anhelaban un cambio que permitiera que España transitara hacia la modernidad que las nuevas ideas preconizaban, el fin del antiguo régimen, representado por la decadente monarquía española de los últimos borbones. Sin embargo, la expansión napoleónica y su intervención en la península, la imposición de José Bonaparte como rey de España, desató la patriótica respuesta del pueblo español que se conoce como la guerra de independencia, gesta heroica, pero cuyo costo, sumado a la pérdida de los ingresos por la independencia de las colonias americanas, dieron el banderazo de salida a un siglo de continuos conflictos y deterioro económico.

A esa España convulsa y desgarrada llegaba Antonia, a vivir en la corte, a moverse y convivir con la clase más alta de la sociedad española en el periodo que se conoce como “la década moderada” (1844 – 1854), que, a pesar del término, no se caracterizó por ser especialmente tranquila y pacífica. El espectro político se dividía en varias tendencias y posiciones; progresistas,

centralistas y derechistas y que oscilaba entre una izquierda democrática que pedía el sufragio universal y donde ya se mostraba un incipiente movimiento obrero y la derecha más radical, los carlistas.

Pero, a pesar de las constantes disputas políticas, los años de la “década moderada” no nos dejan un panorama del todo sombrío en otros aspectos, por ejemplo, fueron años de cierta mejoría económica y de cambios jurídicos y administrativos positivos. En 1843, la heredera de Fernando VII, Isabel había finalmente sucedido a su padre y coronada como Isabel II, prestó juramento como reina constitucional. En 1844 se creó la Guardia Civil y en 1847 el Banco Español de San Fernando. Se simplificó y mejoró el sistema tributario y respecto a la educación se sentaron las bases de lo que en 1857 sería la Ley Moyano. 10

En 1848 se construyó el ferrocarril que unía Barcelona con Mataró y en 1850 el de Madrid – Aranjuez. Se intentaba avanzar y no quedar fuera del progreso que en Europa se estaba dando.

En ese mismo año, 1848, se extendió por toda Europa un clima revolucionario. El crecimiento económico resultado de la revolución industrial se cobraba el costo de la explotación laboral y del desigual reparto de la riqueza y mostraba su cara más oscura con toda crudeza, el descontento de las clases bajas, olvidadas y desprotegidas por gobiernos ausentes y ciegos al drama que se gestaba, un término nuevo aparecía; la cuestión social. Dos Manifiestos que cambiarían al mundo se publicaron, el más conocido, el Comunista contenía una serie de ideas que buscaban poner fin a la explotación de los trabajadores y lanzaban su propuesta para el establecimiento de una sociedad en la que desaparecería la propiedad privada y la desigual e injusta división del trabajo. Y el otro, publicado al otro lado del Atlántico, la Declaración de Sentimientos, conocida como Declaración de Séneca Falls. Esta última resultado de la reunión de “setenta mujeres y treinta varones” activistas de diversos movimientos y de un talante abolicionista, introdujeron entre otros, la exigencia de los derechos políticos de las mujeres:

“decidimos que todas las leyes que impidan que la mujer ocupe en la sociedad la posición que su conciencia le dicte, o que la sitúen en una posición

inferior a la del varón, son contrarias al gran precepto de la naturaleza y, por tanto, no tienen fuerza y autoridad” 11

En España, a partir de 1851 aumentaron las tensiones, la inestabilidad política persistía debido a una serie de pronunciamientos en varios puntos de la península como en Alicante, Lugo, e incluso Madrid y que en 1854 se convirtió en una verdadera revolución. No fue una sorpresa, la lucha política entre moderados, por cierto, partido en el que la madre de la reina, doña Cristina tenía una influencia considerable lo que generaba conflictos aún dentro del mismo partido y los progresistas que se alternaban en el poder gracias a una serie de golpes de estado y que creaban un ambiente político profundamente inestable. Fue entonces cuando el general O'Donnell buscó un acercamiento con miembros del partido progresista. A la ya de por sí explosiva situación política se sumó, haciendo más compleja la situación, la intervención de otros actores inéditos, los obreros, que no sólo exigirían reivindicaciones sociales sino políticas, grupos populares que con sus demandas de trabajo y mejores salarios contribuyeron a que el movimiento tomara un cariz más social y sobre todo más complejo.

La revuelta inició en Zaragoza y aunque en un primer momento fracasó ante la fuerte represión, el ánimo revolucionario se extendió y el general O'Donnell, aprovechando el momento, encabezó el levantamiento militar, conocido como la Vicalvarada. El movimiento contó con personajes de gran relevancia como el general Serrano y el general Espartero, convocado por la reina Isabel II estableciéndose el gobierno del llamado “bienio progresista”.

Pero la revolución de la Vicalvarada colocó a la reina madre en una situación muy complicada, ya que su popularidad había menguado durante esos años, y se convirtió en blanco del descontento. Los duques de Riansares, habitaban el palacio de las Rejas, construcción que fue objeto de la ira popular y destruido por un incendio. Esta revolución conduciría a la reina madre, doña Cristina y a su familia al exilio hacia Francia, estableciendo su residencia en la localidad de Reuil, cerca de París, en la Malmaison, propiedad que había sido de Josefina, primera esposa de Napoleón I y que Cristina había adquirido en 1848. Atrás quedaba España y no sólo para la familia sino para Antonia, quien seguiría al servicio de las infantas.

Los años pasados en el exilio francés y que van del año 1854 a 1861, con la familia real fueron muy fructíferos en otros aspectos, como en el desarrollo intelectual de Antonia: los frecuentes viajes, especialmente a Roma, le permitieron desarrollar su inclinación literaria pero también fueron años muy gratificantes en cuanto a su profunda religiosidad. En 1855 ingresó a la Asociación de hijas de María del Sagrado Corazón

De su inclinación a la escritura nos ha dejado un legado que va desde la poesía, sus interesantes, Notas de viajes, Recuerdos de Londres, Una excursión a Toledo, Una hoja de mi álbum, y sus novelas El rosal de Magdalena y Aurelio., y numerosos artículos como El amigo de las Damas.

En 1861, la vida de Antonia volverá a dar un cambio importante, dejaría de estar al servicio de los duques de Riansares y a su trabajo como institutriz.

2. UNA MUJER, UN CARISMA Y UNA MISIÓN QUE DEJA HUELLAS

La vida de Antonia toma otro rumbo

1861

El matrimonio de Cristina, la hija pequeña de los duques, en octubre de 1860, puso fin a la vida de Antonia en el entorno familiar de la realeza española y de su trabajo como institutriz. Había que tomar decisiones importantes y, después de un tiempo en Suiza, Antonia decide trasladarse a Roma, iniciando así una nueva etapa de su vida, ciudad que ya conocía y donde llevaría una vida sencilla, dedicada al estudio y a la escritura, terminando la novela *Del Rosal de la Magdalena y Aurelio*. Pero donde también dedicó su tiempo a ayudar a los demás, y donde muy pronto se asoció a la Obra Apostólica, atraída a esta por el benedictino José Serra, de quien dice Antonia:

“Ha sido concedido a un santo y celoso misionero dar a conocer y amar entre nosotros (en Roma) la Obra Apostólica e inflamar nuestros corazones con el santo y noble entusiasmo del misionero Mons. Serra, obispo de Daulia, bien conocido en España” 12

Obra dedicada a remediar las necesidades materiales de los misioneros, El padre Serra, y sin saberlo entonces Antonia, sería fundamental en el nuevo rumbo que tomaría su vida, cuando de nuevo, las circunstancias los volvieron a reunir en Madrid en 1863, y a quien supo reconocer, desde entonces, como “al hombre de la providencia para dirigir su alma y llevarla a Dios a grandes pasos” 13

Sin embargo, no fue Roma el destino final de Antonia ya que para fines de 1862 había decidido volver a España a encontrarse con sus parientes y al llegar a Madrid, en 1863, se instaló en la casa que su tío, “el señor general de Pezuela, tenía en la calle de Serrano” 14

La vida de Antonia continuaba entre sus horas dedicada a ayudar a los demás, su trabajo en la Obra Apostólica y sus estancias en Las Avellanas,

propiedad que tenía su familia en Cataluña. El padre Serra fue uno de los numerosos invitados a descansar en la casa de la familia de Antonia y quien después de unos días de descanso, se reintegró a su trabajo en Madrid, uno de los cuales consistía en atender en el Hospital de San Juan de Dios, “para ejercer el ministerio sacerdotal entre los muchos pacientes ahí instalados, y aún entre las desdichadas jóvenes, a quienes su vida disoluta tenía postradas en el lecho del dolor, dentro del famoso establecimiento” 15

Es lógico pensar que Antonia estaba al tanto de las actividades del padre Serra, su padre espiritual y por el que sentía gran admiración, pero qué lejos estaba entonces de imaginar el vuelco que daría su vida muy pronto, animada precisamente por el sacerdote, y que la llevaría del mundo protegido y amable en el que su vida había transcurrido para descender y tocar con sus propios ojos y su corazón, en primera persona, la profundidad del dolor, la injusticia y la marginación.

El padre Serra, consiente de la terrible situación de estas mujeres, a las que pretendía aliviar reconciliándolas con Dios, a la par que se las atendía de sus males físicos, se dio cuenta que no era suficiente el tiempo que pasaban en el hospital y que era necesario encontrar espacios donde “al abandonar el hospital, se recogieran y perseverasen en sus buenos propósitos de vida honrada” 16

Gracias al contacto del prelado con la terrible y lacerante condición de aquellas pobres mujeres, y ante la dificultad de asegurarles un lugar adecuado, al dejar el hospital, ya sea por la escasez de éstos, o bien por las restricciones para su admisión en los que existían, germina en su ánimo la fundación de asilos que sean capaces de acogerlas y permitirles continuar en su camino a la recuperación de sí mismas. 17

Es ahí cuando la persona de Antonia le parece al padre Serra idónea para llevar a cabo dicha obra. ¿qué virtudes vio en esta mujer que, según la descripción del Sr. Rubio, hombre de alcurnia y amigo de Antonia, había vivido en un mundo totalmente ajeno a esa dolorosa realidad, para dedicarse a tan difícil tarea? Nada más alejada la vida de la una y las otras. Antonia, nos dice el Sr. Rubio, era una mujer que vivía bien, sin penurias aunque sin lujos, e independiente. Relacionada con reyes y princesas, con quienes mantenía

comunicación. Con prelados y que incluso había sido presentada al Papa habiendo sido de su agrado. Es claro que se trata de una mujer culta y refinada “literata y escribe e imprime cosas en prosa y verso, que son leídas y aplaudidas ahí y en Francia” 18

Cuya vida había transcurrido, en su mayor parte en palacios, rodeada de lujos, y en el seno de la familia real siendo la institutriz de las infantas, en ambientes del más alto estatus social. Había viajado y conocido ciudades importantes, poseedora de una gran espiritualidad e inclinación religiosa y no obstante ello, había recibido varias propuestas matrimoniales, una de ellas de un conde, que le hubieran asegurado una vida libre de penurias.

Pero el padre Serra estaba convencido de las virtudes de Antonia y de que, al contar con ella y dada su madurez, se podría salvar del fango a esas pobres mujeres. El obispo era un hombre curtido en el trabajo, con dominio de la palabra y con una gran habilidad de convencimiento, y contando con ello le propuso a Antonia su proyecto.

¿Qué pasó por la cabeza y el corazón de la señorita de Oviedo ante tal propuesta? Es un hecho que Antonia vaciló, que tuvo temor ante la magnitud de esta idea, que incluso le producía repugnancia y para la cual se sabe falta de experiencia. Ella era educadora, sí, pero dentro de un ámbito refinado, en medio de un mundo ajeno a las miserias humanas, consiente de las necesidades de las personas, y lo vemos en su vocación de servicio, pero muy lejos de la realidad que la esperaba de aceptar esta invitación.

Podemos suponer que fueron días difíciles, por un lado, estaba el obispo, a quien ella admiraba tanto, convincente y persuasivo, y por el otro su propio sentir respecto a esa realidad y la oposición de sus tíos y de sus amigos los señores Rubio que le señalan los inconvenientes de tal propuesta.: “la de ponerse doña Antonia al frente de mujeres pecadoras y penitentes, o de hermanas o monjas cuando ella no era ni lo uno ni lo otro” 19

Pero el padre Serra estaba seguro de que Antonia podría con este enorme reto y acabó por convencerla:

“y, sí todas las puertas se cierran a esas desgraciadas, las abriré yo unas donde se pueda salvar; pediré limosnas; haré todo lo que pueda, y sí nadie me

ayuda lo haré sólo, con la gracia y apoyo de quien llevó en sus hombros la oveja perdida, y no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva”
20

¿Podría haberse resistido Antonia ante esta declaración de su guía espiritual? Y aunque, en un primer momento, le propone ayudar a estas desgraciadas de forma “indirecta” y hacer todo lo que pueda por ellas... aunque “me repugne”. Antonia, finalmente, y a pesar de todas sus vacilaciones, tomó la decisión que cambiaría su vida... “dejarlo todo para encontrarlo todo”

“Después de maduras reflexiones, de largas oraciones y de violentos combates; así como de una gracia especial de nuestra Señora del Buen Consejo, me decido por fin a abrazar la bella, pero dura y difícil misión de trabajar en la liberación de esas pobres mujeres. ¡Fiat! “21

No sería fácil el inicio de esta obra, el rechazo de su círculo cercano era evidente y la falta de recursos entre otros. Pero nada detendría la voluntad, ahora ya firme en el espíritu de Antonia. El padre Serra había logrado su cometido:

“los convencidos, convencen”

Antonia había tomado su decisión y al poco tiempo, en 1864, se estableció el asilo en una localidad cercana a Madrid, en Ciempozuelos. En él se recibiría a aquellas mujeres, deseosas de rencauzar su vida, expulsadas de otros sitios y, no habría restricciones para ello, ni edad, nacionalidad, enfermedad o reincidencia. Se cumpliría con la máxima del perdón, las veces que fuera necesario... “setenta veces siete”.

El asilo buscaba ofrecer a las mujeres arrepentidas, no sólo protección, sino ser un verdadero puerto de salvación. Donde a partir del respeto, amor y paciencia se les llevaría de la mano, en su vida espiritual y con el desarrollo de sus habilidades por el camino de una vida digna y honrada en la sociedad.

Iniciaba un sueño, una utopía; lograr la regeneración de aquellas mujeres, que por diferentes causas habían descendido a un mundo oscuro, sin esperanza. Ignorado y despreciado a la vez. Ayudarlas a salir de la cruda

existencia en que vivían. Y como toda utopía, para hacerla realidad, había que trabajar mucho.

Pero dejemos a Antonia en los difíciles años del comienzo y regresemos un poco a la situación que se vivía en la península.

España de 1864 a 1898

El año de 1863, año en que Antonia regresó a la península, se percibía ya el fin de un periodo de cierta calma política, de crecimiento económico y de mayor actividad en el campo internacional; la guerra de África, 1856-60, la intervención en México, 1860-61. Pero la precaria estabilidad no duraría mucho y a la caída del gobierno de Leopoldo O'Donnell y del partido Unión Liberal fue evidente la descomposición del sistema político, a lo que se sumaba la impopularidad de la reina Isabel, debido a su desordenada y escandalosa vida sentimental, mientras “Madrid ardía de pobreza y de lujo, mezclados sus habitantes en las estrechas calles de la capital europea más interclasista”.²² El descrédito moral de la reina contribuía al desprestigio de la corona e incluso de la monarquía.

En medio de un ambiente que se enrarecía cada vez más, se volvía a poner de manifiesto la recurrente inestabilidad que había caracterizado al siglo sucediéndose una serie de gobiernos del partido moderado. El descontento crecía y aumentaba la represión ejercida por la fuerza pública ante las manifestaciones de este. Uno de los eventos más representativos de esto, tuvo lugar en el año de 1865, la “primera cuestión estudiantil”, que culminó en la “Noche de San Daniel o del Matadero” cuando para sofocar el apoyo de los estudiantes al rector de la Universidad Central de Madrid, la Guardia Civil y cuerpos del ejército, reprimieron a los estudiantes con gran violencia y derramamiento de sangre en la Puerta del Sol. ²³

Al creciente descontento, ya no sólo en la esfera de lo político, sino académico y popular se sumó la crisis económica de 1866. La vía política para el acceso al poder se fue estrechando y revivió la idea, entre los opositores al gobierno, del camino de la insurrección para lograrlo. En enero de ese año se

levantó en armas el Gral. Prim y en julio el Cuartel de San Gil. Progresistas y demócratas se reunieron y firmaron el Pacto de Ostende, en agosto, cuya consigna sería el derrocamiento de la reina Isabel II.

Fue en septiembre de 1868 cuando, al grito de ¡Abajo los borbones! y ¡Viva España con honra!, estalló una verdadera revolución que agrupaba los intereses de varios grupos políticos, del ejército y del pueblo y cuya cabeza, en esta coalición fue el propio Prim.

Con el triunfo de la revolución, la reina y su familia se exiliaron en la Francia de Napoleón III. Fijando su residencia en París, en el que se llamaría, a partir de entonces, Palacio de Castilla, anteriormente Palacio Basilewsky, donde en 1870 abdicaría al trono cediendo sus derechos a su primogénito Alfonso y donde moriría en 1904.

Iniciaba una nueva etapa, el sexenio democrático, y en 1869 se estableció una nueva constitución, de corte liberal que refrendaba los derechos fundamentales y que incluía; el derecho al voto a todos los ciudadanos (varones) de 25 años, la división de poderes y establecía a la monarquía constitucional como forma de gobierno.

Varios prospectos al trono de España se perfilaban, lo que generó diversas posiciones en los grupos políticos. Por un lado, estaba el heredero borbón, Alfonso, hijo de la destronada reina y Francisco de Asís de Borbón. Alfonso, con apenas 12 años, no contaba con el apoyo de la mayor parte de los líderes de la revolución que apostaban por un cambio de dinastía.

Desde luego no faltaba el pretendiente carlista, don Carlos Isidro de Borbón y Austria. Por otro lado, el general Prim y el canciller Sagasta, se decantaban por un miembro de la casa de Saboya, el duque de Aosta.

Pero en el marco de la coyuntura internacional, la sucesión del trono de España, se manejó como elemento fundamental para los intereses de la política de Bismarck, en el camino a la unidad de los Estados alemanes en una única entidad política. Para Prusia el último paso para lograr el objetivo era provocar una guerra con Francia, lo que contribuiría a exaltar el sentimiento nacionalista en los Estados alemanes del sur. Así fue que, desde el círculo político prusiano, se promovió la candidatura de un miembro de la casa

prusiana de los Hohenzollern, lo que según sus previsiones provocaría la reacción de los franceses, como efectivamente sucedió siendo una de las causas importantes del estallido de la guerra franco-prusiana, en 1870.

En España había que darle pronta solución a esta decisión y, en medio de un tenso ambiente político, los partidos Unión Liberal, Progresista y Demócrata, deseando legitimar constitucionalmente el poder y unidos para contener los intereses tanto de los carlistas, de extrema derecha, como de los republicanos, se decidieron, finalmente, por ofrecer la corona del reino al pretendiente de la casa de Saboya, el duque de Aosta y futuro Amadeo I. Mal presagio sería para el nuevo gobierno el crimen que cimbró a la clase política y a la sociedad, aún antes de la llegada del nuevo rey; el asesinato del Gral. Prim, en diciembre de 1870, quien había sido firme sostén del saboyano.

No fueron fáciles los años que siguieron a la “septembrina, o la gloriosa” como se conocería a la revolución del 68. En el campo de la política los enfrentamientos entre las diversas posturas no cesaron y eran constantes. El creciente republicanismo y el ascenso de la ideología socialista que cada vez se introducía más, y la penetración en la península del anarquismo. Los problemas coloniales en sus posesiones caribeñas, especialmente en Cuba. Y complicando aún más el panorama, el aspecto económico. España no lograba despegar y enfrentaba un grave déficit presupuestal y una creciente deuda.

Todo lo anterior bastaría para entender el fracaso del efímero reinado de Amadeo I pero para algunos estudiosos, pesó incluso más, “la imposibilidad de articular un sistema coherente de partidos como basamento del régimen acabo impidiendo su funcionamiento” 24

Al no poder consolidarse el reinado de Amadeo, la fortaleza de la coalición de gobierno se fue diluyendo a la par que la tensión social aumentaba. La presión carlista se convertiría pronto en un levantamiento armado, la 3ª. Guerra carlista. Los gobiernos se sucedían en un “verdadero carrusel”; Sagasta, Topete, Serrano, Ruiz Zorrilla, fueron incapaces de restaurar el consenso que se había dado en el 68. La atmósfera política se envenenaba cada vez más, y parecía una lucha de “todos contra todos”. Incluso el rey sufrió un atentado en 1872. En una carta, la reina escribía a Antonia “Dios quiera apiadarse de España, siempre tan infeliz” 25

El rey abdicó el 11 de febrero de 1873 y, no bien salía hacia Portugal cuando se proclamó la república. Triste destino tendría también la 1ª. República española, que acabó siendo derrotada por un levantamiento militar en diciembre de 1874. En enero del siguiente año, “Francisco Serrano quedó al frente del poder ejecutivo. En realidad, se trató de una dictadura que intentó poner orden en la anarquía española imperante.” 26

Un golpe de Estado, ponía fin al primer experimento republicano en España abriéndose la puerta a la restauración de la monarquía y al regreso de la casa borbón. El heredero, Alfonso, fue proclamado rey, llegando a Madrid en 1875. El nuevo rey se encontró con una España de nuevo en medio de un conflicto armado, la tercera guerra carlista, a la que logró poner fin apuntándose el primero de sus triunfos. Alfonso tenía como objetivo la pacificación del país y otro logro importante, en ese sentido fue el respiro, tanto en costo militar como económico, que se obtuvo respecto al conflicto en Cuba con la firma de la Paz de Sanjón.²⁷

Personaje clave durante esos años fue Antonio Cánovas, “quien consiguió dotar a España de un sistema liberal – que no democrático – estable y duradero, tras los convulsos años del periodo revolucionario anterior”. 28 Se buscaba la reconciliación y se fundaron el Partido Conservador, con Cánovas, y el Partido Liberal, con Sagasta. Se transitaba hacia un periodo en que las dos opciones se “turnarían” en el poder de forma pacífica. La estabilidad entre los grupos políticos, aunque proliferó la corrupción, influyó en la sociedad española y se extendió la indiferencia y la desmovilización política entre la población.

De 1875 a 1898, año de la muerte de la ya Antonia María de la Misericordia y, del inicio de la guerra hispano-norteamericana, reinarían en España Alfonso XII hasta 1885, año de su muerte y mientras su hijo el futuro Alfonso XIII llegaba a la mayoría de edad, su madre Ma. Cristina como regenta.

Año de 1864.

Fundación del Asilo de Ciempozuelos

“Puerto de salvación al naufragio, fuera también
escuela de virtud a la viciosa y taller de
industria a la ignorante” 29

El 1º de Julio de 1864, en la localidad de Ciempozuelos, en una pequeña casa alquilada, “no son más que cuatro humildes paredes” 30, y con las autorizaciones, tanto del arzobispo de Toledo, como de la autoridad civil, dio inicio una obra, de la que hoy celebramos su existencia.

Antonia y su única compañera, la soledad, como ella misma nos dice, se enfrentó a una realidad de la que siempre fue ajena. Su vida había transcurrido en otro ambiente totalmente distinto, y en el que se había dedicado a la educación de “mujeres virtuosas”, aquellas que, a pesar de estar subordinadas al hombre y ser consideradas “en minoría de edad perpetua”, y cuyas principales virtudes debían ser “la obediencia, el respeto, la abnegación y el sacrificio” 31 vivían bajo el manto protector del varón por lo cual, aunque esa situación empezaba a cambiar lentamente, sólo se consideraba necesaria una educación encaminada a perfeccionar esas virtudes “naturales a su sexo” y ser una buena hija, esposa y madre.

Pero estaban las “otras mujeres”, las pecadoras, las prostitutas, las mujeres que se venden. Antonia dejaba ese mundo “virtuoso” para acercarse a la realidad de aquellas que, podríamos denominar como el lumpen femenino, aquellas que habitaban en medio de la degradación y corrompidas por el vicio.

“Una joven abandonada a su propia suerte, olvidada de los hombres, sin amparo y sin consuelo, sin porvenir y sin esperanza, recurre a su única y exclusiva propiedad: se vende para mejorar su suerte” 32

Mujeres que en clara contradicción eran, por un lado, invisibles, de las que no se habla pero que existen y por el otro que cumplen con la función de

satisfacer las necesidades del hombre más allá de la pureza del lecho conyugal, actuando como un “amortiguador de tensiones sociales y hasta benefactor con respecto al matrimonio burgués” como señala Mario N. López Martínez.

Antonia se sumergió en esa esa cruda realidad para lo que recurrió a su carácter disciplinado, generoso, a su esmerada educación, a su inclinación al servicio y a los sabios y amorosos consejos de su madre, atesorados en su corazón y en sus cartas que conservó durante toda su vida, todo ello permeado por una espiritualidad profunda y la cercanía con un Dios amoroso y de perdón. Todo lo pondría al servicio de la obra que emprendía y para la que Antonia desarrollaría toda una pedagogía para poder cumplir con la misión que se había impuesto y a la que consagraría el resto de su vida; la recuperación de estas mujeres, de su alma, pero también de su cuerpo. Atraerlas a una vida digna mediante el amor, el respeto y la paciencia.

Los prostíbulos y por consiguiente las prostitutas constituían un problema público en varios aspectos; por una parte, en lo relativo a la salud e higiene. Se las veía como trasmisoras de terribles y vergonzosas enfermedades, desde luego nos referimos a las venéreas, pero había otras que frecuentemente se asociaban a ellas como la tuberculosis. Por eso era importante atender esa situación, de hecho, fue en el Hospital de San Juan de Dios, en donde el padre Serra se conmocionó ante “el espectáculo desgarrador que contemplaba, más con los ojos del alma que con los del cuerpo.”³³ La vida de aquellas infelices se alternaba entre el burdel y el hospital, del que, en la mayoría de los casos de las que lograban su curación, volvían a la situación anterior a ingresar en el hospital.

Otro de los problemas que se generaban en torno a ello era respecto al orden público, en numerosas ocasiones los prostíbulos eran espacios donde el orden se alteraba. Especialmente dadas las condiciones de marginalidad de los barrios bajos de las ciudades, donde la exclusión, la pobreza, el desamparo y la ignorancia eran ingredientes constantes. Y desde luego no podemos dejar de lado la cuestión moral, “casas perjudiciales a la moral pública”³⁴ La moral de estas mujeres quedaba subordinada a la necesidad de sobrevivir, ante el rechazo social por varias causas; pérdida de la honra, la pobreza, la orfandad o incluso la viudez. La prostitución podía ser la única vía de solución económica siempre abierta para aquellas mujeres, cuestionadas en el aspecto moral, pero

parte “importantísima en su parte mercantil, pues es un ramo del comercio que sostiene a una gran parte de la población” 35

La actitud ante estos problemas ha oscilado entre periodos de una pretendida negación de su existencia, no sólo de la sociedad sino de las propias autoridades y en otros, como en el caso de la segunda mitad del siglo XIX en España, de intentar su reglamentación, ya que la prostitución era “una práctica habitual de colectivos varoniles solteros (como los militares...) o rito de iniciación para los jóvenes, la prostitución formaba parte integrante del espacio sexual de los varones hispánicos” 36

Pero existe otra dimensión para las prostitutas y ese es el del arte. Esos seres olvidados, despreciados o tolerados, nos aparecen en obras artísticas de gran valía universal, y sólo señalaré algunos. ¿Cómo olvidar a Fantine en la novela de Los Miserables de Víctor Hugo, o a Santa en la del mexicano Joaquín Gamboa? Y desde luego a Violeta, la célebre protagonista de La Dama de las Camelias de Alejandro Dumas y llevada a la música por G. Verdi en su ópera La Traviata. O aquellas que fueron modelos de Caravaggio, nada menos que en representación de vírgenes.

Denostadas, despreciadas y explotadas, pero al fin y al cabo presentes, la vida de estas mujeres ha transitado a lo largo de la historia, desde los más remotos tiempos, hasta la actualidad.

Existían algunas, instituciones que buscaban atender a estas mujeres, como las Casas de Recogidas, en las que eran recluidas “mujeres de mal vivir”, pero que a juicio del padre Serra no solucionaban el problema, ya que al igual que al dejar el hospital donde se las atendía, no tenían a donde ir, ni medios para lograr salir de su situación y su indefensión era muy grande.

Otro dignísimo esfuerzo de atención a estas personas fue el de la vizcondesa de Jorbalán, contemporánea de Antonia (1809-1865), fundadora de las Religiosas Adoratrices y Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad y que estableció, en 1845, la Casa de María Santísima de las Desamparadas, con el objetivo de recibir a mujeres víctimas de la prostitución y ayudarlas a salir de esa vida.

No fue tarea fácil la que emprendió Antonia, alquilada la casa hubo que hacerle arreglos, acondicionarla para recibir a las “arrepentidas” y las manos y los recursos eran pocos, pero a pesar de ello y gracias a la tenacidad de Antonia y del padre Serra, y a la ayuda económica de varias personas, como los señores Rubio y de otras familias, el Asilo de Ciempozuelos abrió sus puertas a las dos primeras penitentes.

Al año de fundado el asilo, en la calle de Jardines de la pequeña localidad, fue claro que el espacio era insuficiente cuando se les ofreció la oportunidad de adquirir un antiguo y ruinoso convento franciscano, en las afueras del pueblo y que gracias a su puesta en subasta pública se pudo adquirir en varios plazos. Pero no era la falta de espacio el único obstáculo, sino en cuanto a las personas para atender todas las necesidades que el asilo tenía, los fundadores vieron como una alternativa recurrir a la ayuda de instituciones religiosas y de todas las que tuvieron en mente, el más adecuado fue el recién fundado por el padre José Tous, de religiosas terciarias franciscanas, cuya principal función era la enseñanza de niñas de “clases modesta”. Dicho instituto aceptó la petición, mientras pudieran establecer su propio colegio. Sin embargo, la permanencia de estas religiosas llegó a su fin y tanto el padre Serra como Antonia “se persuadieron una vez más de la ineludible necesidad de una Congregación nueva, que, organizada en conformidad con el objetivo que se proponían en el Asilo, asegurase el éxito completo de la obra de regeneración por ellos comenzada”.³⁷

Vendrían años muy difíciles, los comienzos nunca son fáciles, en el país se vivía de nuevo en medio de turbulencias políticas que condujeron al destronamiento de la reina Isabel II, a lo que se sumaba una complicada situación económica lo que afectó al Asilo ya que, disminuyeron las donaciones. Y como “coronamiento de tan triste cuadro, un voraz incendio redujo a cenizas el techo y parte superior del convento” ³⁸

Gracias a la voluntad inquebrantable de Antonia y del padre Serra, el asilo sobrevivió e incluso se pudo establecer el instituto que ambos deseaban, lo que podemos ver con claridad “con la toma de hábito de Antonia y Trinidad, el 2 de febrero de 1870, que comienza la segunda fase del Asilo de Nuestra Señora del Consuelo, convertido ya en comunidad religiosa” ³⁹

Antonia daba un gran paso en su vida, lograba cumplir un sueño largamente acariciado, dedicar su vida por completo al servicio de Dios. No sólo el Asilo continuaría, sino que nacía la Congregación de las Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, hijas de San Alfonso María de Ligorio “de hecho y de derecho”.

Antonia profesó el 25 de marzo de 1873 y tomó el nombre de Sor Antonia María de la Misericordia, haciendo los votos de obediencia, castidad y pobreza, más un cuarto voto, en que se consagra a la moralización de mujeres arrepentidas, “ocuparme de la salvación de las pecadoras”⁴⁰

Los objetivos de la Congregación eran claros, la vocación no es sólo religiosa sino “redentorista”. Recuperar esas almas perdidas, demoler para volver a construir. Se les pedirá como requisito indispensable el deseo de ser redimidas, la voluntad para luchar y poder dejar atrás su vida anterior.

La claridad con que se comprenden los grandes retos que enfrentaban exigirá un cuidado escrupuloso respecto a las aptitudes de las aspirantes a ingresar en la Congregación, tenían que ser muy conscientes de la enorme tarea que tendrían que llevar a cabo lo que les exigirá, plena disposición para toda clase de “trabajos, penas y disgustos” para realmente ser útiles a las penitentes. “Buena salud, actividad, inteligencia, instrucción regular, celo, paciencia, abnegación continua y completa”⁴¹

La Congregación prosperó y su trabajo se veía recompensado en el establecimiento de nuevos Asilos y para 1876 se habían fundado ya 12 de ellos.⁴²

Pero ¿cuál era el carisma de esta obra?, ¿cómo había Antonia logrado acercarse a esas mujeres? Es ahí en donde Antonia, su sensibilidad, su empatía y comprensión, su vena magisterial se conjugan y se ponen al servicio de este proyecto.

La vida de esas mujeres no era ni es fácil, por lo que han desarrollado una profunda desconfianza a un mundo, frecuentemente hostil. Su dolor, encapsulado en el fondo de su ser, las ha convertido en seres que responden con temor e incluso en ocasiones con agresividad como forma de protección. Antonia percibe su condición de seres lastimados, usados y para establecer

contacto con ellas y poder extenderles la mano para dejar esa miseria, no económica sino humana, había que ofrecerles el corazón.

Supo ver a Dios mismo en medio de esa tragedia humana, al Dios redentor, compasivo, El que pone en su corazón el dolor, al Cristo que purga en la cruz las fallas humanas, consuela a los que sufren y acoge a los arrepentidos.

Antonia sabía que el camino sería duro pero que el dedicar su vida a las penitentes y abrirle un espacio a la esperanza, era seguir la ruta marcada por Dios, misión que desde siempre había tenido reservada para ella.

La pedagogía de Antonia

Era necesario un método, era fundamental desarrollar una pedagogía que partiera de la realidad de la persona a quien iría dirigida. Eran ellas, las “chicas” las que irían expresando sus necesidades, se requería una gran disposición para no imponer, sino comprender y actuar en consecuencia. Para Antonia la “base de todo el sistema pedagógico que ha ido cristalizando sea el Amor”⁴³ Amor resultado del respeto y la aceptación, sólo con esta actitud se podría lograr el objetivo de su reconstrucción, “salvarlas, rescatarlas para el Señor, con una salvación que abarca a toda la persona e intenta, por un lado, su rehabilitación humana y espiritual y del otro, su inserción en la sociedad”⁴⁴

No se trataría de darles sólo protección, que en muchos casos puede ser una solución urgente pero pasajera, sino rescatarlas mediante una serie de pasos, para que esta sea duradera. La atención individual, amorosa, cuidadosa y paciente pero firme. Demoler el pasado para construir un futuro mediante un plan de formación con contenido de saberes. Fortalecer su voluntad con la creación de hábitos, disciplina y desde luego valores, como el del trabajo, el orden, la limpieza, pero todo ello con suma paciencia y sobre todo respetando sus tiempos. Todo lo anterior requería, de las hermanas oblatas, virtudes muy sólidas y la total aceptación del plan de Dios: la rehabilitación de cada una de las mujeres arrepentidas. La función de las hermanas era la de convertirse en verdaderas “madres y maestras” acompañarlas, guiarlas con el amoroso desinterés propio de quien ama, acoger a estos pobres seres desvalidos, y de

alguna forma “indóciles, acostumbradas a no tener otra ley que su voluntad”⁴⁵

Alcanzar la meta no sería tarea sencilla, se requiere de mucho esfuerzo, trabajo y tenacidad, por ello es importante que, al derribar cada obstáculo, por pequeño o grande que este sea, se den estímulos, premios al cumplimiento de las metas intermedias, que ayuden a soportar el difícil reto emprendido, ya que el triunfo final, es el resultado de los muros que se van derribando poco a poco.

Para que el trabajo con las “chicas”, como Antonia se refiere a ellas, sea exitoso era requisito imprescindible, que ingresaran al Asilo por propia voluntad, Antonia reivindica el derecho de estas mujeres a elegir su camino y a optar por ellas mismas, a una vida digna y rechaza la percepción, incluso de “gente buena y generosa” de la imposibilidad de su redención. “Magdalenas que jamás serán nada bueno para la sociedad, y Dios solo sabe sí podrán salvar sus almas”⁴⁶

Antonia era consciente de que el arrepentimiento era el primer paso y que su verdadera reconstrucción sería el fruto de mucho esfuerzo, amor y paciencia. De una lucha diaria y constante y que el apoyo de las hermanas era fundamental. “Han roto la cadena del vicio, si, pero no han roto los hilos que tienen aprisionados e inutilizados los buenos sentimientos con que el Señor las ha dotado en el santo bautismo...Hay que ir cortando poco a poco esos hilos sin herir la parte enferma, con cariño, con heroísmo”⁴⁷

Era un trabajo fino, como bordar un encaje, abriendo las capas de protección con las que han encerrado a su dolorido corazón y poder penetrar en él para ayudarlas, sin descartar que, cuando haya necesidad de reprenderlas, esta llamada de atención se haga con bondad y cariño.

Antonia no se engaña ante la monumental misión que se ha propuesto, era una mujer con el corazón en Dios y los pies en la tierra y conoce la realidad, esa cruda y dolorosa realidad, y lo más importante era enseñarles que a ellas también les era posible otra vida, una vida digna y honrada.

Como es muy importante el contacto personal, el trabajo se haría en grupos pequeños, donde la vida anterior de cada una quedaría fuera, y así facilitar el

acercarlas al conocimiento de la religión y sus valores, a la vez dando espacio para el aprendizaje de habilidades y conocimientos útiles a la vida diaria como, la lectura y escritura, “las cuentas” y gracias a la cercanía con ellas en lo individual, al descubrimiento de sus propias habilidades y así fomentar el desarrollo de capacidades que, llegado el momento, les permitieran iniciar una nueva vida, más de acuerdo a la moral y más productiva, fuera del asilo. Desde luego en este proceso se incluirían “las labores propias de su sexo”, las referentes al hogar, ámbito natural de la mujer como, lavar, planchar, coser, cocinar... “y hasta cultivar un jardín y cuidar a los animales caseros como gallinas, pichones, etc.” 48 Estas últimas enseñanzas permitirían la posibilidad de encontrar trabajos dignos en el servicio doméstico, una vez que dejaran el asilo o aún en sus propios hogares.

En los asilos se recibirían a todas aquellas mujeres arrepentidas que lo buscaran, sin distinciones de ningún tipo ni condición y en el caso de haber abandonado éste y querer regresar a él, se las aceptaría “setentas veces siete” si era necesario.

Antonia Ma. de la Misericordia emprendió la búsqueda de una utopía, lograr la salvación y el mejoramiento de vida de esas mujeres, transformando su realidad, y nunca hay que confundir la dificultad para lograr el sueño, con la imposibilidad de hacerlo. Antonia lo supo, enfrentó grandes retos, obstáculos que parecían insalvables y a pesar de todo ello...lo logró.

A modo de conclusión puedo decir que:

Yo me encontré a una mujer fiel a sí misma, a sus principios y a su forma de ver al mundo, cuya impronta fue el amor. Sólo la fe, el trabajo y la educación, la comprensión, el respeto, la paciencia y sobre todo el amor al otro, permitirían abrir el espacio a una vida diferente, de elecciones libres a estas mujeres que, como a un “pichoncito” al que se le habían cosido sus alas, se les impedía volar.

En el marco de la transformación del siglo XIX respecto a la mujer, Antonia y la Congregación, contribuyeron al respeto y al desarrollo de las capacidades necesarias para romper las “jaulas” que, se lo impedían, tanto a las “mujeres virtuosas” como definitivamente a las “no virtuosa o indignas”. Las primeras encerradas en un mundo protegido pero limitado y de subordinación y las segundas, víctimas de la indefensión, la necesidad y la explotación.

Antonia, a partir de sí misma, de su preparación, de su capacidad para comprender a los otros, fue capaz de construir una pedagogía de superación, de afirmación personal, de aceptación y fortaleza que contribuiría, y lo sigue haciendo, a la liberación de cadenas impuestas. La influencia de Antonia y de su obra va más allá de sus “chicas”, para tocar el corazón y contribuir al cambio de las que siguiendo su ejemplo formaron, y forman, parte de la Congregación y aún de aquellas que al conocer su labor aprendieron a cambiar su percepción sobre las desgracias ajenas y la vulnerabilidad de la mujer en una sociedad desigual, injusta y profundamente patriarcal.

Antonia fue una mujer valiente y entre las muchas aportaciones que hizo, no a algunas mujeres sino a “la mujer”, desde mi punto de vista, destaca la de transmitir esa profunda capacidad de asumir la propia vida, el derecho, inherente a todo ser humano a la elección, elección que parte de la seguridad y la valoración personal. La mujer merece ejercer los derechos a plenitud y debe desarrollar las capacidades para hacerlo.

Sor Antonia Ma. de la Misericordia murió, “tranquila y sonriente” el 28 de febrero de 1898, tenía 75 años.

Como punto final, de una vida entregada a los demás, me quedo con esta frase de la misma Antonia:

“No puedo más. A mis hermanas y chicas
mi corazón, a mi Padre mi alma para que
me la lleve a Dios” 49

Epílogo

Como epílogo quisiera decir que, Antonia vive, vive en cada una de las hermanas que dedican su vida a trabajar a favor de la igualdad, la justicia, la liberación...de la Vida. Vive en cada “chica” que es tocada, en lo más profundo de su ser, por el deseo de reconstruirse y que con dignidad logra romper las cadenas que la atan y le impiden volar. Vive en todas las personas que, conociendo la obra, se acercan para contribuir a su sostenimiento y se transforman en seres más comprensivos y solidarios.

Habita en cada una de las casas en las que se acogen a estas “chicas” en los 15 países en los que al día de hoy está presente la Congregación.

Citas bibliográficas:

- 1) Mate Rico, Antonio, *Antonia eligió ser pobre*. Ed. Covarrubias, Madrid, 1987. p.34
- 2) Respuesta a una carta de Rousseau
- 3) Valcárcel, Amelia. *La memoria colectiva y los retos del feminismo*. CEPAL-ONU, Serie Mujer y Desarrollo. Santiago de Chile, 2001, p.15
- 4) *Ibidem*. P.17
- 5) Carta desde la Malmaison, 1860, AHG. 85
- 6) Carta de su madre, Besancon, 26 de julio 1834, en Op-cit, Mate R....pp.30-31
- 7) Pablos V. Antolín. *La Madre Antonia de la Misericordia*. Imp. de Juan Pueyo, Madrid, 1925. P.69
- 8) De Felipe, Dionisio. *Una Toca entre dos coronas*. Editado por las Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, Madrid, 1998, p.7
- 9) Pérez Galdós, Benito. *La primera república*. Madrid, 1944, en Ibidem. p.129
- 10) La Ley Moyano de 1857, establecía a la educación elemental obligatoria y el establecimiento de escuelas en los ayuntamientos y provincias, entre otros puntos.
- 11) Op-cit. Valcárcel...p.17
- 12) Notas de Antonia de Oviedo. La Obra apostólica en Roma, 1802 en Op-cit. Pablos...p.185
- 13) Ibidem p. 184

- 14) Ibidem p.197
- 15) Ibidem p.200
- 16) Ibidem p.206
- 17) En España en aquellos años existían algunos establecimientos para “jóvenes extraviadas”, como el fundado por la vizcondesa de Jorbalán
- 18) Ibidem p. 193
- 19) Ibidem p.214
- 20) Ibidem p.213
- 21) Mate Rico. Op-cit. P. 80
- 22) Clarendon, 16 de mayo de 1854. En Figueroa E. Raúl. *Fanny y Ángel Calderón de la Barca. Dos vidas cosmopolitas a lo largo del siglo XIX, (1790-1881)*. Discurso de Ingreso como corresponsal a la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente a la Real de Madrid, Tomo LXI, 2022. En prensa,p. 21
- 23) Dicha manifestación respondía a la negativa del rector, el Sr. Montalbán, al cumplimiento de la orden del gobierno de destituir al Sr. Emilio Castelar a causa de las críticas de éste a la reina Isabel II, plasmada en dos artículos en el periódico Democracia.
- 24) Bahamonde, Ángel. *España en la democracia. Sexenio 1868-1874*. Historia de la España contemporánea 16, num.23 España, p.146
- 25) Carta de Isabel II a Antonia, 1872, en Op-cit. De Felipe, D. p.97
- 26) Figueroa, R. Op-cit. p.28
- 27) La Paz o Pacto de Sanjón fue el tratado por el cual el ejército Libertador cubano, selló la capitulación ante las tropas españolas poniendo fin a la llamada guerra de los 10 años, en la búsqueda de la independencia de la isla.
- 28) Bernecker, Collado, Hoser. Op-cit. p.275
- 29) Biblioteca Histórica. Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, *Vol. I. Orígenes de la Congregación*, Madrid, 1981, p. 205
- 30) Mate R. Op-cit. p.84

- 31) Código Napoleónico, en Valcárcel, A. Op-cit. p.31
- 32) F. de Vahillo, en Biblioteca Histórica. Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, Vol. II. *Estatutos, Reglas, Reglamentos y Constituciones (1864-1894)*, Madrid, 1981, p.71
- 33) Pablos, A. Op-cit. p.206
- 34) Biblioteca Histórica. Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, *Vol. I. Orígenes*, ... p.203
- 35) Ibidem. P.68
- 36) Guereña, Jean Louis. *La prostitución en la España contemporánea*. Ed. Marcial Pons, Madrid, 2003, p. 16
- 37) Carta de Don Antonio, París, 17 de enero de 1867 en Pablos, A, Op-cit p. 235
- 38) Ibidem p.243
- 39) Biblioteca Histórica. Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, *Vol. I. Orígenes*, Op-cit. p.197
- 40) Ibidem, p.229. Este 4º. Voto fue suprimido en 1881 por el Papa León XIII.
- 41) Ibidem. P.235
- 42) Los asilos de Vitoria, Benicasim, Valencia, Alacuás, Tortosa, Zaragoza, Santander, Tarragona, Valladolid, a los que sumarían Santiago, San Sebastián, Madrid y Jerez de la Frontera.
- 43) Biblioteca Histórica. Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, *Vol. I. Orígenes*, Op-cit. p. 385
- 44) Ibidem
- 45) Ibidem. p.p. 391-92
- 46) Carta de D. Antonio Fernando Muñoz, 1870, en Pablos V. Antolín, Op-cit. p.246

47) Biblioteca Histórica. Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, *Vol. I. Orígenes*, Op-cit. p.392

48) Ibidem. p.404

49) Carta a Mons. Serra, 1871, Ibidem p.390

Bibliografía

Bahamonde, Ángel. *España en la democracia. Sexenio 1868-1874*. Historia de la España contemporánea 16, num.23 España.

Ballarín,P. Birriel M. Martínez, C. Ortiz,T. *Las mujeres y la historia de Europa* XANTIPPA.<http://www.helsinki.fi/science/xantippa/wes/wes1html>.

Agosto,2010

Bernecker,W. Collado, C. Hoser,P. *Los Reyes de España*. Ed. Siglo XXI de España. Madrid, 1999

Biblioteca Histórica. Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, Volúmenes I y II. *Vol. I. Orígenes de la Congregación*, Madrid, 1981. *Vol. II. Estatutos, Reglas, Reglamentos y Constituciones (1864-1894)*, Madrid, 1981

De Felipe, Dionisio. *Una Toca entre dos coronas*. Editado por las Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, Madrid, 1998

Figuroa E. Raúl. *Fanny y Ángel Calderón de la Barca. Dos vidas cosmopolitas a lo largo del siglo XIX, (1790-1881)*. Discurso de Ingreso como corresponsal a la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente a la Real de Madrid, Tomo LXI, 2022. En prensa.

González Doria, Fernando. *Las Reinas de España*. Ed. Bitácora, Madrid, 1989

Guereña, Jean Louis. *La prostitución en la España contemporánea*. Ed. Marcial Pons, Madrid, 2003

Mate Rico, Antonio. *Antonia eligió ser pobre*. Ed. Covarrubias, Madrid, 1987

Ortega, Margarita. *La educación de la mujer en las edades Moderna y Contemporánea*. La mujer en España., Biblioteca Gonzalo de Berceo, Catálogo general en línea.

Pablos V. Antolín. *La Madre Antonia de la Misericordia*. Imp. de Juan Pueyo, Madrid, 1925

Pérez Galdós, Benito. *La primera república*. Madrid, 1944

Valcárcel, Amelia. *La memoria colectiva y los retos del feminismo*. CEPAL-ONU, Serie Mujer y Desarrollo. Santiago de Chile, 2001,

Vilar, Pierre. *Historia de España*. Ed. Grijalbo, España, 1978